

LAS NOTAS

-Esa pregunta me la han hecho ya un millón de veces – respondo al periodista que ha vuelto a hacerme la misma pregunta de siempre.

-¿Cuál es la causa para que sea usted el juez más joven en llegar al Tribunal Supremo?

-Es tan largo de responder... – le contesto aburrido – no creo que le interese demasiado

- tenemos todo el tiempo del mundo – me dice, dejándome desarmado, mientras con su cómplice mirada me invita a que le cuente el secreto... mi secreto. Es la primera vez que un periodista parece interesado por algo más que las historias de mis clientes, y eso me gusta, me hace sentir bien.

- De acuerdo, voy a hacerlo – le digo, y me digo a mí mismo, convenciéndome de que ya va siendo hora de contarlo a los demás. Y empiezo:

“Tenía diez años. Solo diez, y ya entonces adquirí la capacidad para llegar a sentirme culpable. Era el último día de clase, ese que se espera con alegría, pero también con miedo... Y más para un mal estudiante, como era mi caso. Eso sí, esa fue la última vez que suspendí una sola asignatura en el resto de vida académica.

Como le digo, hasta entonces yo había sido un mal estudiante, pero a partir de ese día me convertí en el mejor del colegio, después en el más destacado del instituto, y, finalmente, en el número uno de mi promoción de la facultad de derecho.

Ese día que anunciaba un más que largo verano estaba nublado. Aun así hacía un calor sofocante, de esos que llaman pegajosos. Recuerdo el canto estridente de las chicharras penetrando por las ventanas abiertas de la vieja clase de suelos de baldosas amarillas y paredes blancas, casi grises.

Cuando el viejo profesor – Don José - me dio las calificaciones no me atreví siquiera a abrir el boletín amarillo con ese anagrama rancio del colegio.

Él y yo ya lo sabíamos, por eso si apenas nos miramos. Estaban todas suspensas...

¡Todas, menos Educación Física, que había aprobado con sobresaliente!

Sentado en el viejo pupitre observé la cara de felicidad de mis compañeros.

-Notable, notable, notable, bien, sobresaliente... - enumeraba mi compañero todas sus notas mientras iba señalándolas con el dedo.

Fue la única vez que le envidié en todo el curso. Él era mi suplente en el equipo de fútbol de clase. Tampoco era popular, pero en ese aciago día él tenía unas notas por las que yo cambiaría la mitad de los goles marcados en una liga de la que ni siquiera conseguí un triste trofeo. Él, en cambio, disponía ahora del mejor de los diplomas...

¡Y bien que me lo restregaba!

Fue al salir del colegio – creo que yo era el único que no corría hacia casa - cuando mi miedo se incrementó. A cada paso que iba dando me iba haciendo más pequeño, llegando casi a convertirme en una más de esas hormigas que tanto me gustaba pisar mientras caminaba.

Entonces, sobre el cielo grisáceo que me cubría, se dibujó el rostro ceniciento de mi padre. Sus ojos seguían brillando como siempre que me veía, pero su boca dibujaba un enorme enfado ante el que no me sentía preparado para luchar.

Cuando viera los suspensos no solo me castigaría sino que se sentiría terriblemente defraudado y dolido – pensé, derramando las primeras lágrimas de temor.

Ya me lo dijo la última vez:

“Hijo mío, si sigues sacando estas notas me moriré de pena”.

Lloré más lágrimas que pisadas de polvo sobre el polvoriento camino que me conducía a casa, y tentado estuve incluso de fugarme, como hacían los protagonistas de esas películas que cogían un viejo tren con destino a ningún sitio, y de los que nunca más se volvía a saber.

No quería volver a ver a papá enfadado conmigo, aunque ya era demasiado tarde para arrepentirse. Además, esas notas eran las peores que había sacado nunca.

¿Y si, por mi culpa, papá moría de pena, como me dijo? En ese momento no supe si temía más a la idea de la muerte, o a la de ver a mi padre triste por mi culpa. ¡Casi si deseé la idea de la muerte, pero no la suya, sino la mía!

Antes de llegar a mi calle me apoyé sobre la pared de la vieja librería donde tantos libros había comprado y leído, y allí lloré de nuevo. Al torcer la esquina estaba mi calle, y dos casas más abajo, mi casa. Aun así no me atrevía a dar el paso.

Nunca me sentí más lejos de allí, a pesar de estar tan cerca.

“Venga tío, que tú puedes hacerlo” – me dije, cerrando los ojos, y dando órdenes a mis pies para que hicieran el resto.

Los pies caminaban lentamente mientras mis ojos seguían cerrados. Fueron entonces mis oídos los que me guiaron, a pesar de que lo que escuchaba no era algo habitual allí. Algo extraño estaba pasando, y lo descubrí al abrir los ojos y ver toda esa gente frente a mi casa.

La tía Susana, hermana de mi padre y con el que llevaba casi una vida peleada por culpa de una mísera herencia que no abarcaba más de unos marjales de tierra, se sorprendió al verme allí. No pude entenderlo. Yo vivía allí.

Triste como nunca la había visto, se acercó corriendo y me cogió en brazos. Hacía ya más de cinco años que nadie lo hacía, y eso me hizo estremecer, sin saber porqué.

-¡Ay mi niño, ay mi niño! - gritaba llorando mientras me abrazaba con fuerza contra sus pechos gigantescos - ¡pobre de mi niño, tan joven...!

Yo no entendía nada, y ella seguía ahogándose contra su pecho, mientras los demás vecinos y amigos me miraban con alarmante carga de amargura y, sobre todo, pena.

¿Qué pasa, tía? – le pregunté asustado. La verdad era que la gente que allí había – casi todos vecinos – parecían más asustados que yo mismo. Tampoco podía comprenderlo.

¿Sabrían ya todos lo de mis notas? – me pregunté cabizbajo, avergonzado de nuevo.

-Venga cariño, que nos vamos a mi casa – me dijo la tía, besándome y abrazándome, como si sus besos y abrazos - algo que no había sentido nunca - fueran algo cotidiano y que me fuera a hacer sentir mejor

-¿a tu casa? - esa era otra novedad... Otra cosa que nunca antes había hecho conmigo.

Aun así la seguí. Tenía tanto miedo a la reacción de papá que preferí no preguntar y seguirla. Caminando tras ella me sentí extrañamente aliviado. Papá tardaría un poco más en saber de mis nefastas notas... Y eso aliviaba.

Lo que más me extrañaba – llevándome a la preocupación - era que todos supieran ya lo de mis notas – o eso pensé entonces.

Todos me miraban con una extraña tristeza, y algunos, incluso llegaban a decir algo que me hacía sentir aún peor

“Pobrecillo, y solo tiene diez añicos. Qué desgracia”.

Al llegar a casa de mi tía pude ver a mis dos hermanos pequeños, jugando con mi prima Luisa, la mayor de todas, que se abrazó a mi tía nada más llegar.

Las dos lloraron desconsoladamente, e intentaron disimular.

“No llores Luisica, que no sufra el primo”

Era increíble, pero todo el mundo sabía ya lo de mis notas, y todos intentaban hacerme sentir mejor. La verdad es que lo agradecí, aunque no llegara a entenderlo del todo.

Aun así seguía sin entender esas lágrimas de mi prima, que no dejaba de abrazarme y de acariciarme, descubriéndome una nueva persona que nada tenía que ver con esa que siempre se reía de mí y que me hablaba de forma despectiva.

Toda la tarde la pasé encerrado en la cochera de mi tío, jugando con su multitud de herramientas de electricidad, ajeno a mi desgracia, y contento porque papá no supiera nada de mis notas.

Esa noche dormí allí. Era la primera vez que pasaba la noche en otra casa que no fuera la mía, y era la primera vez – también - que papá y mamá no me daban el beso de las buenas noches. Lo que más eché de menos fue ese cuento que papá había dejado a medias la noche anterior, y cuyo final tantas ganas tenía de oír.

¿Qué habría sido de aquel oso que arrancó ese panal y que andaba escondido en el lago, respirando con una caña de bambú mientras las abejas le perseguían?

¿Conseguiría escapar?

De nuevo volví a pensar en las notas, y en el terrible disgusto que se llevaría papá al verlas, y por eso no fui capaz de dormir en toda la noche.

Asustado, muy apesadumbrado, y más dolido aún conmigo mismo – un niño nunca debería sentirse así – decidí afrontar el problema e ir hasta papá y enseñarle mis notas.

“Un hombre tiene que afrontar siempre sus errores” – era una frase que siempre me decía, y que por primera vez entendí.

Al llegar a la calle iba aún con el pijama puesto y sin zapatos. La gente que me vio empezó a cuchichear, y una de mis vecinas se interpuso para que no entrara a la casa.

-Quiero ver a mi papá – le dije muy serio, y ella empezó a llorar.

¿Por qué lloraba la vecina? ¿Ella también sabía lo de mis notas?

Fue entonces cuando vi, a través del oscuro pasillo repleto de gente, una extraña sombra negra que venía hacia mí. Me pareció mamá, pero no podía ser ella. Mamá era mucho más guapa que esa sombra que se acercaba a mí, con los ojos oscuros y llenos de lágrimas, y con unas arrugas que nunca antes había visto en su cara. Mi mamá no vestía con esas horrendas ropas negras que llevaba puestas. El pelo de mi mamá no era tan blanco como ese que descansaba bajo mi barbilla.

Mi mamá no lloraba nunca, y esa mujer no dejaba de hacerlo... En cambio, el olor sí era el de mi mamá. Ese olor era único.

Me abrazó y me dejé abrazar.

-¿Qué estás haciendo aquí? – me preguntó mientras intentaba alejarme de la casa

-tengo que darle esto a papá – dije muy serio, enseñándole las notas

- cariño, papá no va a poder verlas – dijo mientras los demás nos miraban con los ojos vidriosos

- ¿por qué?

- porque papá está en el cielo - dijo.

Silencio, oscuridad... vacío... Nada.

No sé qué más pasó esa noche. No recuerdo nada más. Solo sé que esas notas amarillas quedaron hechas añicos, mordisqueadas, arañadas, cortadas, destrozadas...

la gente me miraba - algunos lloraban - mientras yo rompía ese boletín amarillo mientras recordaba la frase de papá:

“Hijo mío, si sigues sacando estas notas me moriré de pena”.

Malditas notas. Fueron ellas quienes hicieron que mi papá se fuera al cielo sin despedirse de mí, y, además, muy triste”.

Calahonda, Agosto 2010